

## La globalización y la imaginación en la investigación\*

Arjun Appadurai<sup>1</sup>

### 1. Introducción

La palabra 'globalización' provoca actualmente reacciones encontradas. Algunas de estas reacciones tienen que ver con las definiciones. Otras discuten si la globalización, cualquiera sea su definición, ha ido demasiado lejos o no suficientemente lejos. Sin embargo, otras discusiones se fundan en la oficialización del término globalización, acuñado como la consigna de las nuevas fuerzas que apoyan la liberalización, la "marquetización" y las "reformas" en todo el mundo. Esta consigna y sus adalides han despertado mucho temor en los países del Sur, que temen que la globalización no es sino una nueva denominación para el imperio del capital del Norte.

Aunque no trataré estas polémicas en este artículo, sí empezaré con ciertos supuestos iniciales. Entendemos que la globalización está necesariamente vinculada al funcionamiento actual del capital en una escala global, que, en este sentido, amplía la lógica anterior del imperio, del comercio y de la dominación política en muchas partes del mundo. Su rasgo más destacado es la calidad descontrolada de las finanzas globales, que parecen notablemente independientes de los límites tradicionales de transferencia de información, regulaciones nacionales, productividad industrial o riqueza "real" en cualquier sociedad, país o región específica. Las implicaciones de este movimiento caótico, promiscuo y de alta velocidad del capital financiero (especialmente especulativo) han sido señaladas con acierto por diversos analistas (Greider, 1997; Rodrik, 1997; Soros, 1998, entre otros), de modo que no ahondaré en el tema. También estoy de acuerdo con aquellos analistas que ven la globalización como la clara señal de una nueva crisis para la soberanía de los Estados-naciones, aunque no existe un consenso sobre el núcleo de esta crisis o su generalidad o finalidad (Appadurai, 1996; Rosenau, 1997; Ruggie, 1993; Sassen, 1996).

Mi principal objetivo en este artículo será la relación entre la globalización y las actuales formas del pensamiento crítico, especialmente cómo estas formas han sido organizadas por las ciencias sociales en Occidente. Aquí debemos observar algunas peculiaridades de perspectiva que elaboraré en secciones posteriores. La primera es la creciente disyuntiva entre la globalización de los conocimientos y el conocimiento de la globalización. La segunda es que hay una brecha temporal inherente entre los procesos de globalización y nuestros esfuerzos para contenerlos en términos conceptuales. La tercera es que la globalización, como proceso económico irregular,

---

<sup>1</sup>Arjun Appadurai ocupa la cátedra Samuel N. Harper en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, 1126 E. 59th Street, Chicago, IL 60637, USA. E-mail: aai2@midway.uchicago.edu, donde también es Director del Globalization Project. Sus principales temas de investigación se centran en la violencia étnica, los medios de comunicación y el nacionalismo. Su libro más reciente es *Modernity at Large, Cultural Dimensions of Globalization*, 1996.

crea una distribución fragmentada e irregular de los recursos destinados al aprendizaje, la enseñanza y la crítica cultural, factores vitales para la formación de las comunidades democráticas de la investigación que podrían producir una perspectiva global de la globalización. Es decir, la globalización se resiste a la posibilidad de producir formas de colaboración que podrían facilitar su comprensión o su crítica.

En una época anterior, más segura, de la historia de las ciencias sociales, especialmente en los años 50 y 60, durante el auge de la teoría de la modernización, este titubeo epistemológico habría sido rápidamente descartado, porque aquél era un período que conocía un sentido más seguro de la relación entre teoría, método y lugar en las ciencias sociales. La teoría y el método eran vistas naturalmente como metropolitanas, modernas y occidentales. Al resto del mundo se le veía desde la perspectiva de casos, acontecimientos, ejemplos y lugares de pruebas en relación a este lugar estable para la producción o revisión de la teoría. La mayoría de las variantes de la teoría marxista, aunque sumamente críticas del proyecto capitalista que subyacía a la teoría de la modernización, eran, no obstante, igualmente "realistas", tanto en su imagen de la arquitectura del sistema mundial como en su comprensión de la relación entre teoría y casos. Por lo tanto, muchos excelentes trabajos en la tradición marxista no tenían especial interés en los problemas de las voces, las perspectivas o el lugar en el estudio del capitalismo global. En resumen, un objetivismo musculoso unió a gran parte de las ciencias sociales en las tres décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, independientemente de la ideología política de los investigadores.

Actualmente, no tenemos que ser posmodernistas, relativistas ni deconstruccionistas (palabras clave en las guerras culturales del mundo académico occidental) para reconocer que los temas políticos no son productos mecánicos de circunstancias objetivas, que el vínculo entre los acontecimientos significativamente separados en el espacio y próximos en el tiempo es, a menudo, difícil de explicar; que las comparaciones de unidades sociales que dependían de su separabilidad empírica no pueden ser seguras; y que las regiones más marginales del mundo no son simples productores de datos para los molinos de teorías del Norte.

Para dar comienzo a un compromiso con los vínculos emergentes entre globalización y conocimientos acerca de la globalización, y para proponer una manera de pensar acerca de las nuevas formas de la colaboración epistémica entre diferentes regiones y ambientes culturales, he revisado brevemente algunas ideas sobre el papel que desempeña la imaginación en el mundo contemporáneo.

## **2. La lógica de la globalización**

En *Modernity at large: Cultural Dimensions of globalization* (Appadurai, 1996) he elaborado algunos argumentos acerca de las dimensiones culturales de la globalización. Uno de los

supuestos era que, aunque los contactos entre regiones, culturas o sociedades no son nada nuevo, nuestra era actual de globalización está definida por un conjunto de rasgos que la desmarcan incluso de los sistemas mundiales del mundo imperial de los últimos siglos. Lo nuevo en esta era tiene claramente mucho que ver con el funcionamiento del capital global, pero, puesto que aún no sabemos mucho sobre cómo funciona el capital globalmente, esta caracterización no hace más que esquivar la pregunta.

Más cercana a la definición está la observación (más detalladamente desarrollada en el libro) de que la mediación electrónica y las migraciones masivas crean un nuevo campo de fuerza para las relaciones sociales a nivel global. Mirado desde el punto de vista del Estado-nación, estamos situados al borde de un orden global caracterizado por el surgimiento de un gran número de fuerzas que limitan, corroen o violan el funcionamiento de la soberanía nacional en el campo de la economía, el derecho y la pertenencia política. Puede que la época del Estado-nación aún no haya acabado, pero la época en que el sistema de Estados-naciones era el único elemento en juego en lo que concierne al gobierno internacional y al tráfico político transnacional, desde luego, sí ha terminado.

Además, funcionamos en un mundo caracterizado fundamentalmente por objetos en movimiento. Estos objetos incluyen ideas e ideologías, personas y bienes, imágenes y mensajes, tecnologías y técnicas. Se trata de un mundo de flujos. También es, desde luego, un mundo de estructuras, organizaciones y otras formas sociales estables. Sin embargo, bajo un análisis detallado, las estabildades aparentes que vemos no son sino nuestros mecanismos para manipular los objetos caracterizados por el movimiento. El más grande de estos objetos aparentemente estables es el Estado-nación, que actualmente se caracteriza en todas partes por poblaciones flotantes, políticas transnacionales dentro de fronteras nacionales y una configuración móvil de la tecnología y de los conocimientos cualificados.

Sin embargo, decir que la globalización versa sobre un mundo de cosas en movimiento de alguna manera soslaya el tema. Los diversos flujos que vemos (de objetos, personas, imágenes y discursos) no son coetáneos, convergentes, isomórficos o espacialmente congruentes. Mantienen relaciones de disyunción. Esto quiere decir que las vías o vectores seguidos por estos diversos fenómenos tienen diferentes velocidades, diferentes ejes, diferentes puntos de origen y fin y diferentes relaciones con las estructuras institucionales en diferentes naciones, regiones o sociedades. Por otro lado, estas disyunciones en sí mismas precipitan diversos tipos de problemas y fricciones en diferentes situaciones locales. En realidad, las disyunciones entre los diversos vectores caracterizan este mundo en movimiento que produce problemas fundamentales de bienestar, equidad, sufrimiento, justicia y gobierno adecuado.

Entre los ejemplos, podemos citar: los flujos mediáticos a través de las fronteras nacionales que producen imágenes de bienestar que no pueden ser satisfechas por los estándares nacionales de vida y de capacidad de consumo; el discurso de los derechos humanos que genera demandas de la fuerza laboral reprimida por la violencia del Estado; ideas acerca del género y la modernidad que crean una amplia fuerza de trabajo femenino, al mismo tiempo que las ideologías transnacionales de "cultura", "autenticidad" y "honor nacional" ejercen una presión creciente sobre las diversas comunidades para disciplinar moralmente a estas mujeres trabajadoras. Estos ejemplos se podrían multiplicar. Su denominador común es el hecho de que la globalización produce problemas que se manifiestan en formas locales pero que tienen contextos que son cualquier cosa menos locales.

En *Modernity at large*, he puesto especial énfasis en el papel que desempeña la imaginación en la vida social en esta era de globalización. A partir especialmente de una comprensión del funcionamiento global de los medios de comunicación, he postulado que la imaginación es actualmente una parte crítica de la vida colectiva, social y cotidiana, y que también es una forma de trabajo. Esto significa que la vida social cotidiana de las comunidades en todo el mundo ha creado nuevos recursos para el funcionamiento de la imaginación en todos los niveles del orden social. La imaginación expresada con fuerza en las pautas de consumo, de estilo y gustos ha dejado de ser un asunto individual, de escapismo de la vida cotidiana o simplemente una dimensión de la estética. Se trata de una facultad que interviene en la vida cotidiana de las personas normales de diversas maneras: es la facultad que permite a las personas considerar la emigración como remedio para resistir a la violencia del Estado, buscar compensaciones sociales y diseñar nuevas formas de asociación cívica y colaboración, a menudo más allá de las fronteras nacionales. Esta dimensión de lo que he denominado el "trabajo de la imaginación" no está del todo dissociada de la imaginación como facultad creativa, reflejada en asuntos de estilo, modas, deseos y búsqueda de riquezas. Pero también es un crisol para el trabajo cotidiano de la supervivencia y la reproducción. Es el lugar donde se encuentran los asuntos relacionados con la riqueza y el bienestar, los gustos y deseos, el poder y la resistencia. Este análisis del papel de la imaginación como un hecho popular, social y colectivo en la era de la globalización reconoce su carácter dual. Por un lado, es en y a través de la imaginación que los ciudadanos modernos se disciplinan y son controlados por los Estados, los mercados y otros poderosos intereses. Pero también es la facultad a través de la cual surgen los modelos colectivos de disensión y de nuevas ideas para la vida colectiva.

El principal argumento final de *Modernity at Large* pertenece a la idea de localidad. Actualmente, cuando escuchamos la palabra global, la palabra local no suele estar muy lejos. Pero no siempre está claro qué significa lo local, excepto que se considera generalmente como un espacio en peligro. Mi principal argumento es que la "localidad" nunca es un elemento primitivo inerte, ni un

elemento dado que existe antes que cualquier fenómeno externo. La localidad (material, social e ideológica) siempre ha tenido que ser producida, mantenida y alimentada deliberadamente. Por lo tanto, incluso las sociedades tradicionales a pequeña escala están participando en la "producción de localidad" contra las contingencias de todo tipo. Lo local es, por tanto, no un hecho, sino un proyecto. Es un producto especialmente frágil en una época en que los medios de comunicación, las migraciones y la necesidad de una disciplina nacional dificultan cada vez más la producción de rasgos locales. Al mismo tiempo, alguno de los elementos más duros que acompañan a la globalización producen formas de localización (como campos de refugiados, albergues, chabolas y prisiones) que difícilmente se puede calificar de positivas.

La relación entre estos diversos argumentos consiste en sugerir que, si la globalización se caracteriza por flujos disyuntivos que generan problemas agudos de bienestar social, una fuerza positiva que estimula una política emancipadora de la globalización es el papel de la imaginación en la vida social. Especialmente donde la imaginación como fuerza social en sí misma funciona más allá de las fronteras nacionales para producir la localidad como un hecho social y como sensibilidad, vemos el comienzo de las formas sociales sin la movilidad depredadora del capital que no está sometido a regulaciones ni la estabilidad depredadora de numerosos Estados. Estas formas sociales apenas han sido nombradas por las ciencias sociales actuales, e, incluso cuando son nombradas, se suelen olvidar sus cualidades dinámicas. Por lo tanto, términos como "sociedad civil internacional" no acaban de captar la movilidad y maleabilidad de aquellas formas creativas de vida social que son puntos de tránsito localizados para las formas globales móviles de la vida cívica y civil.

Una de las tareas de una ciencia social perceptiva consiste en nombrar y analizar estas formas móviles cívicas y volver a plantear el significado de los estilos de investigación y las redes apropiadas para esta movilidad. En este esfuerzo, es importante recordar que la imaginación académica, como fuerza en la vida social, es parte de una geografía más amplia de conocimientos creados en el diálogo entre las ciencias sociales y los estudios interdisciplinarios, especialmente en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. Esta geografía de los conocimientos nos invita a replantearnos nuestra imagen de qué son las "regiones" y a reflexionar sobre cómo la propia investigación es una práctica especial de la imaginación académica. Abordaremos estas dos cuestiones en las siguientes secciones de este artículo.

### **3. Mundos regionales y estudios interdisciplinarios**

Como científicos sociales que se preocupan de la localidad, la circulación y la comparación tenemos que alejarnos definitivamente de lo que denominamos geografías de "rasgos" y acercarnos a lo que podríamos llamar geografías de "procesos". Una buena parte del pensamiento tradicional acerca de las "áreas" se ha inspirado en concepciones de coherencia

geográfica, civilizacional y cultural que dependen de algún tipo de enumeración de rasgos (de valores, lenguajes, prácticas materiales, adaptaciones ecológicas, modelos de matrimonio y otros por el estilo). Independientemente de lo elaborado de estos enfoques, todos tienden a ver las "áreas" como agregados relativamente inmóviles de rasgos, con unas fronteras históricas más o menos perdurables y con una unidad compuesta de propiedades más o menos duraderas. Estos supuestos han sido a menudo devueltos a través del lente de las imágenes obsesionadas por la seguridad que los Estados Unidos contemporáneos tienen del mundo y, en menor medida, a través de ideas coloniales y poscoloniales sobre la identidad nacional y regional.

Por el contrario, necesitamos una arquitectura para los estudios interdisciplinarios que esté basada en geografías de procesos y que vea las áreas importantes de organización humana como catalizadoras de diversos tipos de acción, interacción y movimiento (comercio, viajes, peregrinajes, guerra, proselitismo, colonización, exilio, etc.). Estas geografías son, necesariamente, a gran escala y cambiantes, y sus cambios destacan los conjuntos variables de lenguaje, historia y vida material. Para decirlo de forma más sencilla, las grandes regiones que dominan nuestros actuales mapas de los estudios interdisciplinarios no son hechos geográficos permanentes. Son mecanismos heurísticos problemáticos para el estudio de la geografía global de los procesos culturales y geográficos globales. Es preferible pensar en las regiones como los contextos iniciales de temas que generan geografías variables, en lugar de geografías físicas definidas por temas preestablecidos. Estos temas son igualmente "reales" y coherentes, pero son el resultado de nuestros intereses, y no sus causas.

El problema de gran parte del paradigma de estos estudios interdisciplinarios, tal como existen actualmente, es que han tenido la tendencia a confundir entre una determinada configuración de las estabilidades aparentes y las relaciones permanentes, entre el espacio, el territorio y la organización cultural. Estas estabilidades aparentes son en sí mismas grandes artefactos de: la idea basada específicamente en los rasgos de áreas "culturales"; una reciente cartografía occidental de grandes territorios de la civilización asociados a "Europa" (en sí misma, un elemento emergente, histórica y culturalmente complejo) con diferentes relaciones; y una geografía basada en la Guerra Fría del temor y la competencia en la que el estudio de las lenguas del mundo y de las regiones estaba configurado legislativamente en Estados Unidos con fines de seguridad en un mapa reificado de las funciones geográficas. Como sucede en los estudios académicos, el impulso heurístico detrás de muchas de estas cartografías y la forma contingente de muchas de estas configuraciones espaciales fueron pronto olvidadas y los mapas actuales de "áreas" en los "estudios interdisciplinarios" fueron consagrados como permanentes.

Una de las claves para una nueva arquitectura de los estudios interdisciplinarios consiste en reconocer que la capacidad de imaginar regiones y mundos es, actualmente y en sí misma, un

fenómeno globalizado. Es decir, debido a las actividades de los emigrantes, los medios de comunicación, el capital, el turismo, etc., los medios para imaginar regiones están ahora, en sí mismos, globalmente muy distribuidos. Por lo tanto, en la medida de lo posible, necesitamos descubrir cómo otras personas, en lo que todavía consideramos como áreas según las definimos, ven el resto del mundo en términos regionales. ¿Qué aspecto tiene el mundo (como un conjunto de áreas) desde otros lugares (sociales, culturales, nacionales)?

Por ejemplo, la cuenca del Pacífico es, desde luego, la mejor manera de pensar en una determinada región, en lugar de separar el este asiático de la costa occidental de América del Norte. Sin embargo, otra pregunta es: ¿cómo piensan las personas en Taiwán (China), República de Corea o Japón acerca de la cuenca del Pacífico, si es que piensan en esos términos? ¿Cuál es su topología del tráfico en el Pacífico?

Para construir seriamente una arquitectura de los estudios interdisciplinarios en torno a la idea de que todas las "áreas" también conciben o producen sus propias "áreas", tenemos que reconocer la centralidad este tipo de refracción recursiva. De hecho, esta perspectiva podría ser infinitamente regresiva. Pero no tenemos que seguirla indefinidamente: uno o dos movimientos de este tipo nos apartarían bastante de la arquitectura de la guerra fría de Estados Unidos, con la que, en términos substanciales, aún funcionamos.

Seguir este principio tiene importantes consecuencias para la comprensión del aparato a través del cual los mundos de áreas se producen globalmente. Esta producción se da substancialmente en las esferas públicas de muchas sociedades e incluye numerosos tipos de intelectuales y de "analistas simbólicos" (que incluyen a artistas, periodistas, diplomáticos, empresarios y otros) y académicos. En algunos casos, los académicos pueden ser sólo una pequeña parte de esta óptica generadora del mundo. Tenemos que atender a este variado conjunto de esferas públicas y a los intelectuales que las constituyen, para crear asociaciones en la enseñanza y la investigación, para que nuestra imagen de las áreas no quede confinada a su propio orden inicial, necesariamente parroquial, de imagen del mundo. El beneficio potencial es un diálogo crítico entre las imágenes del mundo, una especie de dialéctica de áreas y regiones basada en el axioma de que las áreas no son hechos, sino artefactos de nuestros intereses y nuestras fantasías, así como de nuestras necesidades para conocer, recordar y olvidar.

Sin embargo, este diálogo crítico entre las imágenes mundiales no puede emerger sin un acto crítico más de inversión de la perspectiva. Tenemos que preguntarnos lo que significa internacionalizar cualquier tipo de investigación antes de aplicar nuestra comprensión a la geografía de las áreas y regiones. Esencialmente, esto significa mirar más detalladamente a la investigación como una práctica de la imaginación.

#### **4. La idea de la investigación**

En numerosas discusiones recientes acerca de la internacionalización de la investigación, el término problemático es "internacionalización". En esta sección, sostengo que primero nos centremos en la investigación, antes de preocuparnos sobre su alcance global, su financiación y de cómo formar a personas para que trabajen mejor. Las preguntas que quiero plantear aquí son: ¿Qué queremos decir cuando actualmente hablamos de investigación? ¿La ética de la investigación, cualquiera sea, es siempre esencialmente la misma en las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades? Cualquiera sea la definición que adoptemos, ¿existe una comprensión suficientemente clara de la ética de la investigación en el mundo académico de América del Norte y Europa occidental para justificar su papel central en las discusiones actuales sobre la internacionalización de las prácticas académicas?

Una reflexión de este tipo, tan deliberadamente ingenua y antropológica, sobre la idea de investigación, es difícil. Al igual que otras palabras culturales clave, constituye tanto una parte del terreno en que nos encontramos y del aire que respiramos que se resiste a un estudio serio. En el caso de la idea de investigación, hay dos problemas adicionales. En primer lugar, la investigación es prácticamente sinónimo de nuestro sentido de lo que significa ser académicos y miembros de la universidad y, por lo tanto, tiene la invisibilidad de lo obvio. En segundo lugar, puesto que la investigación es la óptica a través de la cual normalmente descubrimos algo como académicos, es especialmente difícil utilizar la investigación para entender la investigación.

En parte debido a esta cualidad ubicua, dada por sentada y axiomática de la investigación, puede resultar útil observarla no históricamente, como sería nuestra inclinación, sino antropológicamente, como una práctica curiosa y maravillosa que transformó la vida intelectual en Occidente quizá más que cualquier otra idea desde el Renacimiento. ¿Cuáles son los supuestos culturales de esta idea y, por lo tanto, de su ética? ¿Qué parece suponer e implicar? ¿Qué especiales demandas plantea a aquéllos que creen en ella?

Actualmente, todas las ramas del sistema universitario occidental, pero también muchas ramas del gobierno, el derecho, la medicina, el periodismo, la comercialización e, incluso, la escritura de ciertos tipos de ficción y el trabajo en las fuerzas armadas no reciben una seria atención pública o financiación antes de que demuestren sus fundamentos en la investigación. Escribir la historia de esta gran transformación de nuestros protocolos fundamentales acerca de la producción de nuevos conocimientos fiables es una empresa enorme, que se puede abordar de forma más conveniente en otra ocasión. Por ahora, limitémosnos a preguntarnos qué parece suponer e implicar esta transformación en nuestra comprensión de los nuevos conocimientos.

Pensemos en una definición ingenua. La investigación se puede definir como la persecución sistemática de lo aún no conocido. Se suele dar por sentado que la investigación es la máquina que produce nuevos conocimientos. Sin embargo, la ética de la investigación no versa, evidentemente, sobre cualquier tipo de nuevo conocimiento, sino sobre nuevos conocimientos que cumplen con ciertos criterios. Tiene que surgir de algún entendimiento razonablemente claro de conocimientos ya existentes y relevantes. La pregunta de si alguien ha producido nuevos conocimientos en este sentido requiere una comunidad de evaluación, normalmente preexistente, profesional y especializada. Se supone que esta comunidad es competente para evaluar no sólo si un conocimiento es realmente nuevo, sino si su productor ha cumplido con los protocolos: revisión de la literatura, citas estratégicas, definición del universo apropiado (ni demasiado grande y amorfo ni demasiado pequeño y miope) de conocimientos anteriores, normalmente disciplinarios. Además, los nuevos conocimientos legítimos tienen de alguna manera que parecer interesantes a su principal audiencia. Esto quiere decir que debe parecerles no sólo que agregan algo reconociblemente nuevo a un acervo predefinido de conocimientos, sino que, idealmente, agregan algo interesante. Desde luego, los conocimientos nuevos aburridos suelen ser reconocidos como un producto legítimo de la investigación, si bien la búsqueda de lo nuevo e interesante siempre está presente en los sistemas profesionales de evaluación.

Los nuevos conocimientos fiables, en este marco, no pueden provenir directamente de la intuición, la revelación, el rumor o la imitación. Tienen que ser el producto de algún tipo de procedimiento sistemático. Esto constituye lo más curioso en la ética de la investigación. En la historia de numerosas tradiciones mundiales (incluyendo la de Occidente) de reflexión, especulación, argumentación y racionalización, siempre ha habido lugar para nuevas ideas. En diversas tradiciones mundiales (aunque esto es un asunto de permanente debate), siempre ha habido lugar para el descubrimiento e, incluso, para el descubrimiento basado en observaciones empíricas del mundo. Incluso en aquellas tradiciones clásicas de trabajo intelectual, como las de la India antigua, donde, en cierto sentido, se cuestiona si las observaciones empíricas del mundo natural eran valoradas, se reconoce que se otorgaba un importante valor a la observación cuidadosa y al registro de la actividad humana. Así, los grandes trabajos gramáticos de Panini (el padre de la gramática sánscrita) están llenos de observaciones acerca del buen y el mal uso que provienen a todas luces de la vida empírica de las comunidades de habla. Aún así, sería raro decir que Panini llevó a cabo una investigación sobre la gramática del sánscrito, como sería raro decir que San Agustín llevó a cabo una investigación sobre el funcionamiento de la voluntad, o Platón sobre la tiranía o, incluso, Aristóteles sobre la estructura biológica o sobre la política. Sin embargo, estos grandes pensadores modificaron la manera en que pensaban sus lectores y sus obras siguen cambiando la manera en que pensamos acerca de estos importantes temas. No cabe duda de que produjeron nuevos conocimientos y de que, incluso, eran sistemáticos en la manera en que lo hicieron. ¿Por qué parece anacrónico llamarlos investigadores?

La respuesta reside, en parte, en el vínculo entre los nuevos conocimientos, la sistematización y una comunidad profesional organizada de la crítica. Lo que estos grandes pensadores lograron no fue producir nuevos conocimientos en relación a un mundo previo de citas y un mundo imaginado de lectores e investigadores profesionales especializados. Sin embargo, hay otra diferencia importante. Los grandes pensadores, observadores, descubridores, inventores e innovadores de la era anterior a la investigación tenían, invariablemente, proyectos morales, religiosos, políticos o sociales, y sus ejercicios en la producción de los nuevos conocimientos fueron, por lo tanto y por definición, ejercicios virtuosos. No se podían duplicar sus protocolos, no sólo por razones técnicas, sino porque sus preguntas y sus marcos de referencia estaban marcados por sus proyectos políticos y su personalidad moral. Cuando llega la era de la investigación (y su ética moderna específica), estos pensadores quedaron necesariamente confinados a la protohistoria de las principales disciplinas que ahora los reclaman como suyos, o a las notas a pie de página de las historias de las disciplinas en los que se les considera haber innovado. En ningún caso se les ve como parte de la historia de la investigación como tal. Se trata de otra manera de ver el crecimiento tan discutido de campos especializados de investigación en las universidades modernas de investigación a lo largo de los siglos XIX y XX.

Estas consideraciones nos acercan al núcleo de la ética moderna de la investigación, a algo que subyace a la preocupación con la sistematización, los contextos de citas previas y los modos especializados de estudio. Se trata del tema de la duplicación o, en el comentario aforístico de mi colega George Stocking, el hecho de que lo que aquí está en juego no es la búsqueda, sino la investigación - (juego de palabras: en inglés: "search" (búsqueda) y "research" (investigación)). Existe, desde luego, una amplia literatura técnica en la historia y filosofía de las ciencias acerca de la verificación, duplicación, falsificación y transparencia de los protocolos de investigación. Todos estos criterios fueron elaborados con la intención de eliminar la técnica del virtuoso, la intuición aleatoria, la epifanía del generalista y otras fuentes privadas de fiabilidad. Cualquier confianza en esta ética más restringida de los nuevos conocimientos se apoya (al menos en principio) en la idea de que los resultados se pueden repetir, las fuentes y citas se pueden verificar y los cálculos se pueden confirmar con ayuda de uno o más investigadores. Dado el interés personal en demostrar que sus colegas se han equivocado, estos otros investigadores garantizan una detección segura de protocolos deficientes o inferencias débiles. El hecho de que esta verificación tan directa es relativamente rara en las ciencias sociales y las humanidades es un testimonio de las sanciones morales abstractas asociadas con la idea de duplicación.

Esta norma de duplicación otorga una fuerza moral oculta a la idea, célebremente asociada con Max Weber, de la importancia de la investigación libre de valores, especialmente en las ciencias sociales. Una vez que la norma de la investigación libre de valores se desplaza con éxito de las

ciencias naturales a las ciencias sociales y humanas (no antes de finales del siglo XIX), tenemos una clara línea no sólo entre los "antiguos", como Aristóteles, Platón y San Agustín, por un lado, y los investigadores modernos, por otro, sino también una línea entre los investigadores en el sentido académico estricto y pensadores modernos como Goethe, Kant y Locke. La importancia de la investigación libre de valores en la ética de investigación moderna asume su plena fuerza con la eliminación de la idea de voz o visión moral y la introducción de la idea de duplicación. No resulta difícil observar el vínculo de estos desarrollos con la incesante secularización de la vida académica después del siglo XVII.

Dadas estas características, se deduce que no puede haber algo llamado investigación individual en un sentido estricto en la ética de investigación moderna, aunque, desde luego, los individuos pueden y, de hecho, llevan a cabo investigaciones. La investigación, en el sentido moderno y occidental, es una actividad totalmente colectiva en la que surgen los nuevos conocimientos a partir de un campo profesionalmente definido de conocimientos anteriores y que se somete a una evaluación, realizada por un cuerpo especializado, normalmente técnico, de lectores y jueces, que constituye el primer filtro al que cualquier reclamo de nuevos conocimientos debe, en principio, someterse. Este hecho tiene importantes implicaciones para el trabajo de los intelectuales "públicos", especialmente fuera de Occidente, que suelen dirigirse a públicos no profesionales. Abordaré esta cuestión más adelante. Al ser definidos en primera y última instancia por comunidades específicas de referencia (tanto anteriores como futuras), los nuevos conocimientos en la ética moderna de la investigación poseen una característica crucial que rara vez ha sido discutida explícitamente y que ahora abordamos.

Para la mayoría de los investigadores, el truco consiste en cómo elegir teorías, definir marcos, formular preguntas y diseñar métodos que podrán producir una investigación con una vida media plausible. Un marco demasiado amplio o un conjunto demasiado largo de preguntas significará que es probable que no se financie la investigación y que ésta no tenga la vida media ideal. Un marco demasiado estrecho, un conjunto demasiado detallado de preguntas y la investigación será, probablemente, descartada por los organismos de financiación por trivial. E incluso cuando sea financiada, se hundirá sin una sola burbuja en el océano de las citas. La característica más esquiva de la ética de la investigación es esta vida media peculiar de cualquier fragmento de nuevo conocimiento fiable. ¿Cómo debe producirse? Más importante, ¿cómo podemos producir instituciones que generen este tipo de conocimientos predeciblemente, incluso de manera rutinaria? ¿Cómo se forma a los académicos para desarrollar esta facultad para una larga vida de producción de fragmentos de nuevos conocimientos que funcionan intensamente pero no demasiado tiempo? ¿Cómo se puede internacionalizar esta formación?

Ya he sugerido que hay unos cuantos métodos en la vida moderna, tanto en Occidente como en

otras sociedades industriales desarrolladas, en los que la investigación no es un requisito explícito de política plausibles o argumentaciones creíbles, ya se trate de los abusos infantiles o del calentamiento global de la Tierra, del equilibrio puntualizado o de la deuda de los consumidores, del cáncer de pulmón o de la acción afirmativa. El conocimiento producido por la investigación está por doquier, combatiendo con otros tipos de conocimientos (producidos por testimonios personales, opiniones, revelaciones o rumores) y con otros fragmentos de conocimientos producidos por la investigación.

A pesar de que hay numerosos debates y diferencias de estilo de investigación entre los científicos de las ciencias naturales, los responsables de las políticas, los especialistas en ciencias sociales y humanistas, también existe una zona discernible de consenso. Este consenso se construye en torno a la idea de que los problemas más serios no son los que encontramos a nivel de las teorías o de los modelos, sino los relacionados con el método: recopilación de datos, sesgo de muestras, fiabilidad de conjunto de datos numéricos amplios, comparabilidad de categorías entre archivos nacionales de datos, diseño de los estudios, problemas de testimonios y otros. Hasta cierto punto, este énfasis sobre el método es una reacción al malestar generalizado por la proliferación de paradigmas teóricos y de visiones normativas, especialmente en las ciencias sociales. Además, bajo esta perspectiva, el método, traducido en diseño de investigación, se confunde con una máquina fiable de producir ideas con una durabilidad apropiada. Este consenso implícito y las diferencias que intenta gestionar adquieren especial importancia en cualquier iniciativa para internacionalizar las ciencias sociales.

## **5. La democracia, la globalización y la pedagogía**

Ahora podemos volver a una consideración más profunda de las relaciones entre el conocimiento de la globalización y la globalización de los conocimientos. He sostenido que la globalización no es simplemente la denominación de una nueva época en la historia del capital o de la biografía del Estado-nación. Está marcada por un nuevo papel que se da a la imaginación en la vida social. En este papel hay muchos contextos: aquí me he centrado en la esfera de producción de conocimientos, especialmente los conocimientos relacionados con el estudio académico sistemático. He sugerido que el principal desafío que afrontan los estudios de regiones y zonas es que los actores en las actuales regiones tienen, actualmente, intereses y capacidades elaborados en la construcción de imágenes del mundo cuya propia interacción afecta a los procesos globales. Por lo tanto, el mundo puede estar hecho de regiones (consideradas en términos de procedimientos), pero las regiones también imaginan sus propios mundos. Los estudios interdisciplinarios deben pensar en este aspecto de la relación entre las regiones, como debe hacerlo cualquier ciencia social que suponga que la subjetividad y la ideología son algo más que efímeras en la saga del capital y de los imperios. Dicha deliberación es un prerrequisito vital para la internacionalización de la investigación en las ciencias sociales, especialmente cuando los

propios objetos de la investigación han adquirido unas dimensiones internacionales, transnacionales o globales, de interés vital para las ciencias sociales.

Uno de los aspectos de dicha deliberación implica un reconocimiento de las peculiaridades constitutivas de la idea de investigación que, en sí misma, posee un conjunto más bien inhabitual de diacrítica cultural. Esta ética, como he sugerido, asume un compromiso con la producción rutinaria de cierto tipo de nuevos conocimientos, un sentido especial de la sistematización en la producción de dichos conocimientos, una idea bastante especial de la vida media de los resultados de una buena investigación, un sentido definido de la comunidad de expertos especializados que preceden y siguen a cualquier fragmento específico de investigación y una evaluación definida y positiva de la necesidad de desprender la moralidad y los intereses políticos de la investigación propiamente académica.

Esta desparroquialización de la ética de la investigación (de la propia idea de investigación) nos exigirá plantearnos las siguientes preguntas. ¿Existe un método regulado para cerrar la brecha entre numerosos científicos especialistas de las ciencias sociales de Estados Unidos, que sospechan de toda forma de investigación aplicada o definida por las políticas, y los especialistas en ciencias sociales de muchas otras partes del mundo, que se ven a sí mismos como profundamente involucrados en las transformaciones sociales que afectan a sus propias sociedades? ¿Podemos conservar el rigor metodológico de la ciencia social moderna a la vez que restauramos parte del prestigio y la energía de diversas visiones anteriores de lo académico, donde las preocupaciones morales y políticas eran centrales? ¿Podemos encontrar maneras de comprometer legítimamente a los académicos de tales públicos, de aquí y en el extranjero, cuyos trabajos no estén principalmente condicionados por criterios profesionales de crítica y divulgación? ¿Cuáles son las implicaciones de la brecha creciente en muchas sociedades entre las instituciones para la formación técnica de las ciencias sociales y las tradiciones más amplias de la crítica social y el debate? ¿Estamos preparados para ir más allá de un modelo de internacionalización de las ciencias sociales que se preocupa fundamentalmente de mejorar cómo otros practican nuestros preceptos? ¿Hay algo que podamos aprender de nuestros colegas en otros entornos nacionales y culturales cuyos trabajos no estén caracterizados por una aguda diferencia entre los estilos de la investigación social, científica y humanística? Al formularnos estas preguntas con una mentalidad abierta, no estamos únicamente practicando el ecumenismo o la buena voluntad. Se trata de una manera de enriquecer las respuestas a preguntas que afectan cada vez más a las relaciones entre la investigación en las ciencias sociales y sus diversos elementos constitutivos, aquí y también en Estados Unidos.

Si nos planteamos de verdad construir una comunidad de investigadores genuinamente internacional y democrática (especialmente en asuntos que tienen que ver con nuestra variación

intercultural y comparaciones intersociales), tenemos dos opciones. Una consiste en tomar los elementos que constituyen la armadura oculta de nuestra ética de la investigación como dada e incuestionable y proceder a ver quién quiere unirse a nosotros. Esto es lo que podemos llamar internacionalización débil. La otra opción consiste en imaginar e invitar a un debate acerca de la investigación en la que, al formular el tipo de preguntas que acabo de señalar, los elementos de esta ética podrían ser temas de debate y en la que los académicos de otras sociedades y tradiciones de estudio podrían aportar sus ideas sobre lo que se considera nuevos conocimientos y sobre qué comunidades de juicio y de fiabilidad juzgarían como centrales en la persecución de dichos conocimientos. Esta última opción, que podríamos denominar internacionalización fuerte, puede ser más difícil, incluso conflictiva. Pero es la manera más segura de crear comunidades y convenciones de investigación, donde la pertenencia no requiere una adhesión incuestionada y previa a una ética de investigación sumamente específica. Al final, los elementos que he identificado como pertenecientes a nuestra ética de investigación bien pueden emerger robustecidos de este diálogo, por haber sido expuestos a un internacionalismo crítico. En este sentido, las ciencias sociales de Occidente nada tienen que temer y mucho que ganar de la internacionalización regulada.

Se puede objetar que este tipo de razonamientos no reconoce que todas las investigaciones se dan en un mundo más amplio de relaciones caracterizado por disparidades crecientes entre países ricos y pobres, por el aumento de la violencia y el terror, por las crisis económicas en serie y por el tráfico imparable de drogas, armas y toxinas. En un mundo de dependencias y distorsiones materiales tan abrumadoras, ¿puede introducir alguna diferencia una nueva manera de concebir la colaboración en la investigación?

Hay dos razones para suponer que este tipo de ejercicios no es ni ocioso ni frívolo. La primera es que todas las formas de crítica, incluidas las más arcanas y abstractas, tienen el potencial para cambiar el mundo: desde luego, Marx debe haber creído esto durante sus horas en el British Museum realizando "investigación". La segunda razón requiere un tratamiento mucho más amplio en otro lugar, aunque podemos formularla aquí brevemente: una carencia que perjudica seriamente a las voces críticas que hablan en nombre de los pobres, los vulnerables, los desposeídos y los marginados en los foros internacionales donde se adoptan las políticas globales, es su falta de una comprensión sistemática de las complejidades de la globalización. Una nueva arquitectura para producir y compartir los conocimientos acerca de la globalización podría proporcionar los fundamentos de una pedagogía que zanje esta brecha y contribuya a democratizar el flujo de conocimientos acerca de la propia globalización. Esta pedagogía crearía nuevas formas de diálogo entre los académicos, los intelectuales públicos, los activistas y los responsables de las políticas en diferentes sociedades, y sus principios requerirían innovaciones importantes. Esta visión de una enseñanza colaboradora global de aprendizaje sobre la

globalización puede no resolver las grandes contradicciones del poder que caracterizan este mundo, pero podría contribuir a allanar el terreno de juego.

Traducido del inglés

## **Nota**

\* Este artículo se basa en tres fuentes: un memorándum inédito preparado para la Fundación Ford titulado 'Philanthropy in Motion: Grantmaking in the Era of Globalization' ('La filantropía en movimiento: las concesiones en la era de la globalización') (febrero, 1998); un ensayo titulado 'The Research Ethic and the Spirit of Internationalization' ('La ética de la investigación y el espíritu de la internacionalización'), publicado en *Items* (Social Science Research Council, Nueva York, Vol. 51, No. 4, 1ª Parte, diciembre 1997); y las contribuciones del autor a un Informe Oficial producido por el 'Regional Worlds Project' en la Universidad de Chicago, bajo el título de 'Area Studies, Regional Worlds' (Estudios zonales, mundos regionales) (Junio, 1997).

## **Referencias**

APPADURAI, A., 1996. *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

GREIDER, W., 1997. *One world, ready or not : the manic logic of global capitalism*. Nueva York: Simon & Schuster.

RODRIK, D., 1997. *Has globalization gone too far?* Washington, DC: Institute for International Economics.

ROSENAU, J., N. 1997. *Along the Domestic-Foreign Frontier: Exploring Governance in a Turbulent World*. Cambridge: Cambridge University Press.

RUGGIE, J., 1993. 'Territoriality and Beyond.' *International Organization* 41 (1): 139-174.

SASSEN, S., 1996. *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*. NY: Columbia University Press.

SOROS, G. 1998. 'Toward a Global Open Society.' *The Atlantic Monthly*, enero, 1998.

